

DESPUÉS DEL TERREMOTO DE JAPÓN...

AFTER THE JAPAN EARTHQUAKE...

APÓS O SISMO DO JAPÃO...



la catástrofe transmitida en directo y en tiempo real sólo le faltaron los gritos de las víctimas. Si los hubo, no se reprodujeron por televisión. Esa especie de Diluvio Universal no fue anunciada por ningún arcángel, y nadie pudo subir al arca salvadora para navegar en tan proceloso océano. Muchos ni siquiera pudieron emitir su postrera plegaria, ni dirigir sus últimos pensamientos tratando de encontrar la paz necesaria para enfrentar el final del viaje. Fue una hecatombe ruidosamente silenciosa.

Aún estaban las neveras, los camiones, los vagones y las casas entrechocándose sobre la playa, cuando un sigiloso pero no menos cruel mensaje se hacía sentir: la radiactividad estaba aumentando y se registraban explosiones en las plantas nucleares, pues se había desbaratado el sistema de refrigeración.

—¡Que no cunda el pánico, ciudadanos de este mundo, el proceso es seguro y mantendremos el control! Que se sepa que en lo que más piensan vuestros gobernantes y compañías de electricidad (y los fabricantes de calcetines) es en vuestra seguridad... ¡Apenas unos pocos funcionarios han sobrepasado la dosis máxima de un año de ex-

posición! Recuerden que en Hiroshima ese límite se superó en unos pocos segundos. ¡Mucho peor fue Chernóbil! Nuestras centrales son mejores, más seguras. ¿No se han dado cuenta? A ellos les explotó sin que terremoto ninguno les jurungara las costillas. Sólo por precaución evacuaremos a toda la población 30 km a la redonda. No hay razón alguna para alarmarse. Sobre todo, que no cunda el pánico. Sobre todo, que la gente no vaya a pensar que nos equivocamos, que no calculamos lo que teníamos que calcular. Sobre todo, no vayan a creer que no nos interesa vuestro futuro. Son ésos nuestros primeros pensamientos. Tenemos 50 ingenieros kamikazes que irrigarán copiosamente el núcleo ofreciendo así sus vidas para salvar a los miles o millones de conciudadanos que de otra manera deberían soterrarse durante semanas o meses para evitar la lluvia radiactiva. Dios quiera que lo logren y se ganen así el cielo.

Supimos al mismo tiempo que la tercera parte de la electricidad del planeta es de origen atómico, que al unísono todos los gobiernos se dieron cuenta de que hacía demasiado tiempo que no vigilaban como era debido los centenares o miles de aparatos de esta naturaleza. Que Alemania no permitiría renovarles el permiso una vez que hubiese expirado su período de vida segura; pero que seguiría exportándolas... Que algunas de ellas deberán cesar de operar para saber qué les está sucediendo; parece que algo les sucedía. Que no es lo mismo un incendio en Tocoa que un incendio en la central de las Three Miles Island. Que toda la costa Este de los EE.UU. está sembrada de estas centrales. Que a Nueva York la rodea un caliente cinturón de radioactividad pacifista. Que cerca de Lyon en Francia están desmantelando desde hace 10 años una inmensa central eléctrica que funcionaba desde hacía apenas unas décadas en base a sodio fundido radiactivo, antes que la incertidumbre se transforme en certeza. ¿Qué le pasaría a esa pacífica radioactividad, si un avión gigante musulmán (o cristiano, ¡qué más da!) cayera sobre una de estas instalaciones? ¿O si un cohete sin rumbo provocara un “daño colateral” en una de ellas? ¿O si un narco consiguiera que un almirante ruso cansado de no cobrar su sueldo le negociase las cargas atómicas de los cohetes de su submarino...?

Pasado el sismo se aquietará la corteza, se enterrarán los muertos, se curarán las heridas y se dará consuelo a aquellos cuyo chance de enfermar de cáncer hubiese sido tres o cuatro veces inferior, de no suceder lo que sucedió. Seguramente, los financistas harán otra vez sus cuentas y se negarán a seguir soportando incrementos impresionantes en los precios petroleros. Una sana economía, volverán a argüir, exige una energía barata que ni el petróleo ni el sol ni el viento pueden asegurar. Pero habrá que pagar ¿Qué? Pues todas estas empresas estaban aseguradas. Pobres compañías de seguros. Esto acabará con Japón. Parece que no, se trata de compañías de EE.UU. Pobres, no pueden con los chinos y ahora les caen los japoneses.

Navegando hacia el sur por ese mismo océano, siguiéndole la huella al tsunami, se llega a Australia. Atravesándola, se topa uno otra vez con el Pacífico y navegando aún más al sur se llega a un nuevo continente, casi tan extenso como la propia Australia. Ese continente no está en los mapas y apenas se señala en algunas cartas náuticas. Es un continente muy curioso. En lugar de piedras, tierra y arena, lo forma una abigarrada muchedumbre de bolsas y botellas de plástico, recipientes de anime y miles de millones de esferitas de polímeros, producto de la degradación de los recipientes, que son ingeridas por los peces al creer que se trata de apetitosos huevecillos de vaya a saber qué especie marina: de eso mueren, por ignorar la taxonomía... ¡Si no se puede pescar, críenlos en piscinas marítimas con un buen sustento de “Pesca-harina”! Nos ahorraremos los barcos, los naufragios y los marineros.

Pero todos los días por las cloacas de todas las grandes ciudades del planeta se vierten toneladas de envases de plástico sin control de ninguna naturaleza. Aparentemente, es un flujo imposible de detener, pues no es posible coartar la libertad de comercio ni volver a la bolsa del mercado o terminar con los envases convencionales, materia prima del nuevo continente. Pero en 100 años más el continente sud australiano ocupará todos los océanos.... ¿Quién de nosotros estará vivo para ver si era cierto? ¡Entonces...?

Pero ¿a qué viene eso de andar manoseando los basurales marítimos? ¿No disponemos acaso de una imperceptible atmósfera donde se acumula todo el CO₂ que sale de los tubos de escape y de las chimeneas, más el CH₄ atrapado en los hielos polares y el SO₂ de las lluvias ácidas? ¿No estará Ud. sugiriendo que acabemos con los automóviles, la industria y los plásticos que tan profundamente han transformado nuestras costumbres y que han hecho confortable nuestras penosas vidas? Se produce lo que la gente demanda, y la gente demanda lo que ella desea (más lo que la publicidad le induce). Así funciona el mercado. Y, si nosotros no abastecemos el mercado, vendrán los chinos y lo harán. (Y, si lo abastecemos, también.) ¿Qué será más caro: la cerveza o la latica?, ¿el jugo o la hermosa botella que botamos?

Pero también podemos aprovechar los vientos de libertad que soplan en el norte de África y adueñarnos de los campos petroleros de Libia, como hicimos con los de Irak y como haremos con los de Irán y, ¿por qué no?, con los de Venezuela, para que se acabe la puja de los precios de la OPEP y tengamos un KW a un precio decente y estable y los envases de plástico a precio de liquidación. Rentistas del mundo, ¡temblad! Salvo si te dedicas a hacer temblar, como lo hacen los corredores de bolsa. Aprovechemos las aspiraciones de los rebeldes pero no sin antes acabar con los que quieren desestabilizar a Bahréin y a Arabia Saudita. ¿No estarán creyendo que nosotros estamos contra los dictadores cuando no son amigos nuestros, pero a favor cuando sí lo son? Lo que queremos es que Ud. sea feliz con el petróleo barato. Rentistas del mundo, ¡temblad! A cada quien le llegará su turno: a los de Wall Street, ¿cuándo?...

Para entender esta profética y profunda lección de ética política es necesario un título de Harvard, igual que para encontrar la diferencia entre las muertes causadas por los amigos de Gadafi y las provocadas por Arabia Saudita en Bahréin; para condenar las rentas petroleras y absolver las de la especulación financiera o la burbuja inmobiliaria; para bajar los precios a pesar de que las mercancías escaseen de más en más. Sólo los sabios resuelven estas contradicciones.

¿Cómo se controla el incontrolable deterioro del valor del dólar? Haciéndoles pagar la factura a los demás; es decir, forzando una revaluación de las monedas de los vendedores o devaluando la de los compradores, o las dos cosas. ¿Cómo se agarra por los cachos a estos desbocados chinos e indios? Lo de la impresión de papel moneda por el tesoro americano así como lo de Libia es para hoy y no para mañana, aunque luzca un mamarracho. Me equivoqué, fue ayer. ¿No quieres revaluar? Pues chúpate esta mandarina, nosotros devaluamos, veremos qué harás con la montaña de dólares que guardas en tus colchones. ¡Ah! ¿Tú también devaluarás? ¿Eso se llama jugar duro, Mr. Hu Jintao, no lo sabía Ud.? ¿No quieres renunciar, Gadafi? Eso también es jugar duro; nosotros te bombardeamos y tú correrás con los colaterales. ¿Harán lo mismo con China? ¡Pongan sus barbas en remojo! ¡O más bien pongamos las nuestras!

Todas estas grandes convulsiones emergen simultáneamente. Como si de golpe presenciáramos el desenmascaramiento de quienes nos gobiernan: especies de monstruos, mentirosos, poderosos, insensibles, crueles e insaciables, corriendo a representar éste que puede ser el último acto de la comedia, sin tener escrito el argumento. ¿Será que el argumento ni siquiera interesa? Ya no van en busca de armas de destrucción masiva ni a la pata de un tremendo destructor de torres gemelas univitelinas. Mentiras y más mentiras, sólo van en busca de un final feliz; es muy difícil lograrlo sin destruir el teatro... en eso están.

Nosotros, mejor callados, no sea que nos confundan con unos chavistas cualesquiera... Quizá mejor será argumentar e intentar vivir al precio de gritar para hacernos oír.

Escrito dos semanas después del terremoto.